

ARA
PREVENCIÓ

¡fuego!

!



1



¡fuego!

Edición: Secretaria de Medi Ambient i Salut Laboral. UGT Catalunya
Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Depósito Legal: B-17.420-2009

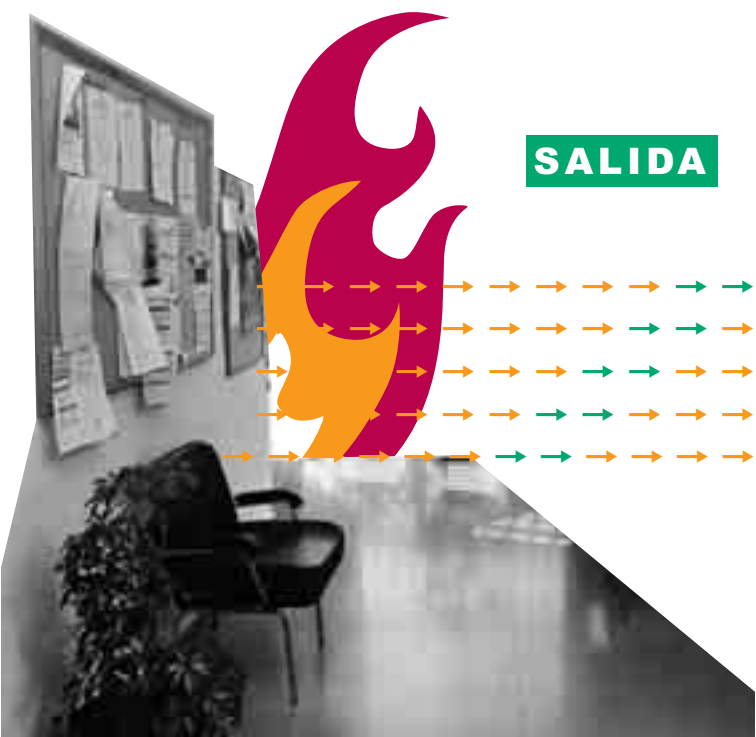
A las ocho y cuarto en punto, Paula dobla las piernas con parsimonia y estira la espalda hacia atrás presionando al máximo el respaldo de su silla de oficinista. Se estira, bosteza y se acomoda. Hace exactamente once horas que ha ocupado su puesto de trabajo en la quinta planta de un edificio más bien gris de la calle Diputación de Barcelona. Hoy ha pasado la noche en blanco y en casa nadie le ha dado los buenos días. Se ha levantado temprano y ha llegado, como cada día, puntual como un reloj a la gestoría donde ficha desde hace doce años. Esta semana nota la presión de los clientes —ellos sí que llegan tarde—, que esperan hasta el último momento para hacer la declaración de renta. La sala y la mesa donde trabaja están lejos de la entrada principal. Seguramente por eso, no se ha enterado de que Jordi, su compañero de trabajo, que se sienta en la otra punta del despacho, le ha dirigido zumbando un *adióshastamañana-nosalgastarde* rápido. Se ha quedado sola en la oficina, aunque detrás de ella hay un par de estanterías altas como la luna y llenas de expedientes para archivar que la amenazan como si se tratara de alguien.

Decide que trabajará un rato más. Quiere sacarse de encima dos declaraciones que no son fáciles precisamente. A las nueve, a casa. Ahora, a cumplir; pero antes un café. Mientras se dirige a la sala de reuniones —que cumple la función de archivo y de pequeño almacén donde están la impresora y la fotocopidora, la máquina del agua, el microondas, etc—, no puede evitar los pensamientos sobre su futuro inmediato —quiere hacer un viaje a Filipinas con una amiga— y sobre la nueva cafetera —seguro que hace el café más bueno. Justo cuando coge la manija y empuja

hacia dentro de la sala, el pasillo se llena de una luz deslumbrante. Un brillo silencioso la deja paralizada de miedo, clavada ante el marco de la puerta, con la boca y los ojos abiertos. El fuego arde desde hace tres minutos. Entonces, todavía no lo sabía. Ahora ya lo sabe. Pero no sabe que el incendio pondrá su vida en peligro.

Si hoy fuera un día cualquiera –un día normal, un día corriente–, Paula ya estaría en casa. Habría llegado hace diez minutos de clase de yoga y estaría a punto –quizás ya lo habría hecho– de llamar a su madre, que está enferma, de ponerse el pijama y de cenar una ensalada de espinacas con parmesano y una pieza de fruta. Pero hoy no es un día cualquiera. Excepcionalmente, trabaja fuera de horas y, excepcionalmente, se quema su oficina. Aunque ella no lo sabe, esta segunda excepción no es tan insólita en una ciudad de más de tres millones de habitantes, donde se incendian anualmente centenares de oficinas. Quien tiene claro este dato es Jordi, el compañero que hace unos minutos se ha levantado el cuello de la chaqueta, ha hundido las manos en los bolsillos y se ha ido deprisa y corriendo. Es, desde hace poco tiempo, el delegado de prevención de la empresa, el representante de los trabajadores en prevención de riesgos laborales. Fue designado por todos sus compañeros y tiene varias competencias: acompañar al técnico en las evaluaciones de carácter preventivo. Hace unos meses acompañó a Manuel, el técnico que vino a hacer la evaluación de riesgos y a establecer el plan de prevención y el plan de emergencia y a quien, de forma afectuosa, llamaban “el chico de la preven”.

“La prevención es cosa de todos” —clama el lema— pero estas actuaciones son siempre obligación del jefe, el señor García. Eso no solo lo sabe Jordi que, como delegado conoce la normativa y vela para que se cumpla en la medida de sus posibilidades. Lo sabe y lo recuerda también ahora Paula, cuando se encuentra con la mano sujeta, casi encolada, en la manija de la puerta que da acceso a la sala de reuniones —sala blanca, la llaman. Entonces le pasan por la cabeza, a velocidad nerviosa, las medidas para la prevención de incendios que debería conocer y no conoce. Le pasa por la cabeza el curso de prevención que deberían haber hecho y no hicieron, el simulacro de incendio que deberían haber hecho y no hicieron. Efectiva-



mente, toda aquella “burocracia preventiva” —así la llama el señor García— no la aplicó nunca: la desatendió y la arrinconó en un cajón. Ese olvido tiene ahora consecuencias desastrosas.

—*¿Qué tengo que hacer qué tengo que hacer qué tengo que hacer?* ¡Se quemará todo el archivo...! ¡No puede ser!

De entrada, permanece petrificada ante una masa de humo que tizna y desmenuza el aire y que va ocupando, primero, el techo de la sala y, rápidamente, el resto. Paula no sabe que los humos son el producto más peligroso de la combustión, pues limitan, en gran medida, la visión, la respiración y, en consecuencia, la extinción de un incendio y la salida de personas que se hallan atrapadas. Ella aún no está atrapada, pero lo estará. Tiene tiempo para reaccionar, pero reacciona con imprudencia; el hecho de solo ver humo les hace pensar que puede apagar el fuego —que lo tiene que hacer, vaya. Lo que se está llenando de aire negro es también su vida. Cuarenta horas a la semana, día tras día, mes tras mes, año tras año. La suma de tiempo crea un nudo, una atadura, un lazo. Y aunque no es su casa —un territorio íntimo— la oficina es, también para Paula, un territorio propio. Eso mismo le provoca una gran sensación de impotencia, de debilidad, de naufragio. También la sala blanca naufraga en la niebla de humo que se come la mesa, las sillas y el estucado de la pared. Los dos minutos que han transcurrido desde que ha descubierto el humo hasta ahora, y los cinco desde que se han desamarrado las llamas, son suficientes para que un incendio controlado se convierta en un incendio incontrolado. Superado el estado de choque, desaloja la mano de la manija

y se da la vuelta, dejando la puerta de la sala blanca abierta. No sabe que una de las primeras medidas de actuación que se deben tomar en caso de incendio es no abrir ni dejar abierta nunca una puerta que esté caliente. Lo que sí sabe, no obstante, y que en cambio no hace, es mantener la calma y dar inmediatamente la señal de alarma. Sale rápidamente hacia el lavabo, llena un cubo que hay al lado de la pica y corre hacia la sala. Lanza el agua encima del humo en un movimiento de brazos descoyuntado y desencajado, a punto de romperse. De improviso, corta el aire un nuevo resplandor monstruoso: el fuego se ha extendido. Se extiende. Bate las alas desde que ha abierto la puerta: ha dejado entrar oxígeno y eso ha atizado el incendio. Está asustada y el corazón le sale del pecho.

—Paula, tranquilízate, por favor, tranquilízate... A ver, ¿qué se supone que debes hacer? Mmmmm... Llamar a los bomberos. Sí, sí, llamar a los bomberos. Venga, llama a los bomberos —se repite.

Pero entre pensarlo y hacerlo hay una distancia: un gran agujero. Vuelve rápidamente a su mesa y llama al 010, el único teléfono que se le ocurre. Una máquina le contesta. “Ayuntamiento de Barcelona. Bienvenido al 010. Si quiere información sobre las condiciones legales de este servicio, pulse la tecla 1. Si quiere información sobre...”. Paula cuelga encima de la palabra “sobre”.

—*Mierdamierdamierda*, ¿cuál es el teléfono de los bomberos?, ¿cuál es?, ¿cuál es?... —murmura.

Nunca antes había marcado el 080, el teléfono de los bomberos. El número le resulta familiar aunque, alterada como está, es fácil que no lo recuerde.

De la misma manera que no recuerda otros números que también le son familiares y que también serían de mucha ayuda: el 112, que es un teléfono de emergencias; el 091, la Policía Nacional; o el 088, que es el de los *mossos d'esquadra*. Una llamada a cualquiera de esos le habría sido útil y le habría servido para que no pasara lo que ella no sabe, pero que finalmente pasará.

Si el señor García hubiera hecho caso al “chico de la preven”, que en su día vino a la oficina a hacer la evaluación de los riesgos nada de esto habría pasado. Si aquel plan de prevención no hubiera quedado en un cajón y se hubiera llevado a cabo un plan de emergencia, ahora Paula habría encontrado una lista de teléfonos de emergencias en un lugar visible y las consecuencias del incendio no hubiesen sido las mismas. Un encargo de fácil cumplimiento que el señor García, un empresario, un jefe cumplidor y responsable en su trabajo y en su vida, no había sido capaz de cumplir. “Ya lo haremos, no hay prisa”, se decía, pero no lo hacía, porque, en el fondo, la parecía, claro, que nunca lo necesitaría: que en su empresa nunca tendrían una emergencia.

Félix Serrano lleva más de veinte años trabajando en la centralita del servicio de bomberos del Ayuntamiento de Barcelona. Él sabe perfectamente que cualquier ciudadano puede tener una emergencia en cualquier momento. Si en lugar de marcar el 010, Paula hubiese marcado el 080, la llamada habría entrado a las ocho y cuarto y la hubiera atendido Félix.

—Bomberos de Barcelona, buenas noches —le

010

0888

080

091

112



habría preguntado después de tragar el último sorbo de café con leche que se toma siempre alrededor de las nueve para engañar el hambre hasta las doce, que es cuando acaba el turno y se va a casa.

Félix habría oído la voz de una persona adulta, visiblemente trastornada, le habría pedido los datos, habría dado la señal de alarma y le habría sugerido hacer lo que Paula no hace: salir de la oficina y cerrar la puerta sin llave. En caso de atravesar una amplia zona de humo, le habría recomendado ir agachada –la atmósfera es más respirable y la temperatura más baja– y, si es posible, con un pañuelo húmedo cubriéndole la nariz y la boca. Pero la llamada no se produce nunca. Y Paula no oye los consejos de Félix.

“Siempre es demasiado pronto para tener miedo”. Eso dice la pintada de protesta que días atrás alguien ha blanqueado sobre el muro del parque de las Aguas y que Paula lee cada vez que sale de casa y que piensa que debería de convertir en un puntal. Ahora recuerda la frase y la repite como una canción:

–Siempre es demasiado pronto para tener miedo. Siempre es demasiado pronto para tener miedo.

La frase la tranquiliza, la consuela, la ablanda y le da fuerza para impedir que se quemen 10 años más de trabajo. En estos momentos, aún no sabe que evitarlo no es lo más aconsejable. Ni lo más prudente. Aunque ahora el estado nervioso no le permite recordarlo, el “chico de la preven” les explicó que, en caso de incendio, nunca pusieran en peligro su integridad física. En caso de estar

convencidos de poder apagar el fuego con los extintores, se deberían utilizar preferiblemente con otro compañero y situándose siempre entre la puerta de salida y las llamas. Les repitió que, en el supuesto de hallarse solos, se debería salir del local incendiado y cerrar la puerta sin llave. Si bien es un consejo que salta a la vista, Paula se lo salta. Prefiere, a pesar del riesgo, hacer “algo”.

El fuego corre como un rayo y la sala blanca está ya totalmente devorada por las llamas. La puerta abierta facilita la expansión del incendio hacia el pasillo y hacia la salida al exterior de la oficina. Paula piensa que con la ayuda del extintor evitará que el fuego se extienda aún más, pero no cuenta con los conocimientos mínimos ni con la expedición necesaria para actuar. Falla ya en la primera medida: no consigue desprecintarlo. Lo intenta durante largo rato, y los minutos que pierde valen su peso en oro.

La temperatura de la sala blanca es ahora de 200 grados. Hace tres horas, no llegaba a los 22. El edificio es modesto y húmedo, y las paredes no conservan ni frío ni calor. Eso les obliga a tener aparatos de aire frío y caliente todo el año. Es fácil tropezar con uno y hacerlo caer, plof, al pasar de mesa en mesa. Igual que es fácil tropezar con los cables patiocortos que los conectan a la luz a través de sobrecargadas regletas. Hoy, no obstante, ni Paula ni Jordi —tropiezo diario garantizado— han chocado con ellos. Ni tan solo con el cable tenso de una de las regletas de la sala blanca. Quizás, porque la han tenido más presente que nunca. La instalación de la cafetera nueva los ha llevado a hablar en plata de la oficina. Hace mucho

Ex tin To



tiempo que lo hablan entre dientes —que si es poco acogedora, nada limpia y muy desordenada; que si está toda llena de pilas y montones, que si los cables son una selva, que si regletas hasta los topes... Ninguno de ellos sabe que eso mismo de lo que ahora se quejan será causa del incendio, que empezará cuando pasen doce minutos de la ocho de la noche y hará cenizas su lugar de trabajo. Lo deberían saber, porque en la lista de medidas preventivas que les pasaron cuando llegaron a la empresa, figuran algunas como “mantener siempre el orden y la limpieza. Evitar la acumulación de materiales en los rincones, bajo las estanterías o alargos para conectar varios aparatos eléctricos en un mismo punto de la red”. Aquí, en la gestoría, como en muchas empresas de la ciudad, no respetan ni la primera, ni la segunda, ni la tercera de esta lista de medidas que se estira como las piernas. Y la tercera, precisamente —la regleta sobrecargada de enchufes, donde se conectan la impresora pequeña, el ventilador, la fotocopiadora, dos altavoces y la cafetera nueva que han instalado esta mañana— ha desencadenado la desgracia. Lo que no saben ni Jordi, ni Marta, ni Ana, ni Carlos, ni Pepa, ni Carmen, ni Gloria, ni Antonio, ni Gema, ni el resto de compañeros de trabajo de Paula, es que la cafetera que han conectado esta mañana, en el único agujero vacío del ladrón encajado en la regleta repleta, ha provocado un cortocircuito. Eso tardarán pocos días en saberlo. Igual que tardarán pocos días en saber que la acumulación de cajas y de papeles en todos los rincones de la sala blanca ha empujado y enardecido el fuego. La instalación eléctrica puede convertirse en causa de incendio, igual que lo puede ser la acumulación de papeles, periódicos, revistas y material combustible acumulado en un

sitio. Eso no iniciará ningún incendio pero si favorecerá, y mucho, su propagación.

La sala blanca no es la única que arde. Arde también parte del pasillo, y las llamas están a punto de ponerse delante y tapar la puerta de entrada. Paula ya no está dentro de una oficina gris a punto de cerrar otra declaración de renta, sino dentro de una bruma oscura y turbia. Le cuesta respirar. El extintor baila por el suelo, y ella yace hecha un ovillo a su lado, tosiendo. La rápida expansión del fuego la ha aprisionado en un rincón de la sala donde trabaja. La valentía le falla, y la firmeza para hacer “algo” se desvanece. No obstante, el sonido de un teléfono móvil que alguien se ha dejado en la oficina la socorre. Piensa que puede llamar a su madre desde el teléfono móvil. Casi a tientas encuentra el teléfono y busca el número. M de mama. Lo marca pero al otro lado no hay nadie.

—Hola, soy Montse. Ahora no puedo ponerme. Deja tu mensaje y te llamaré.
Resopla, jadea y deja el mensaje.

—Mama, escucha, estoy en el despacho... Hay un incendio... Llama a los bomberos, por favor...

Tose y se queda estupefacta e inmóvil viendo como el fuego se extiende como una mancha de aceite encima del mármol. Le pasa por la cabeza que muy pronto la quemará a ella y que morirá atrapada como una mosca y el deseo de que eso no pase la llena de energía: se pone una mano en la boca, seca como el yeso, y con la otra hace tanta fuerza como puede para levantarse. Después de unos segundos de pie, busca la ventana de la sala, desde donde puede pedir ayuda, pero el humo

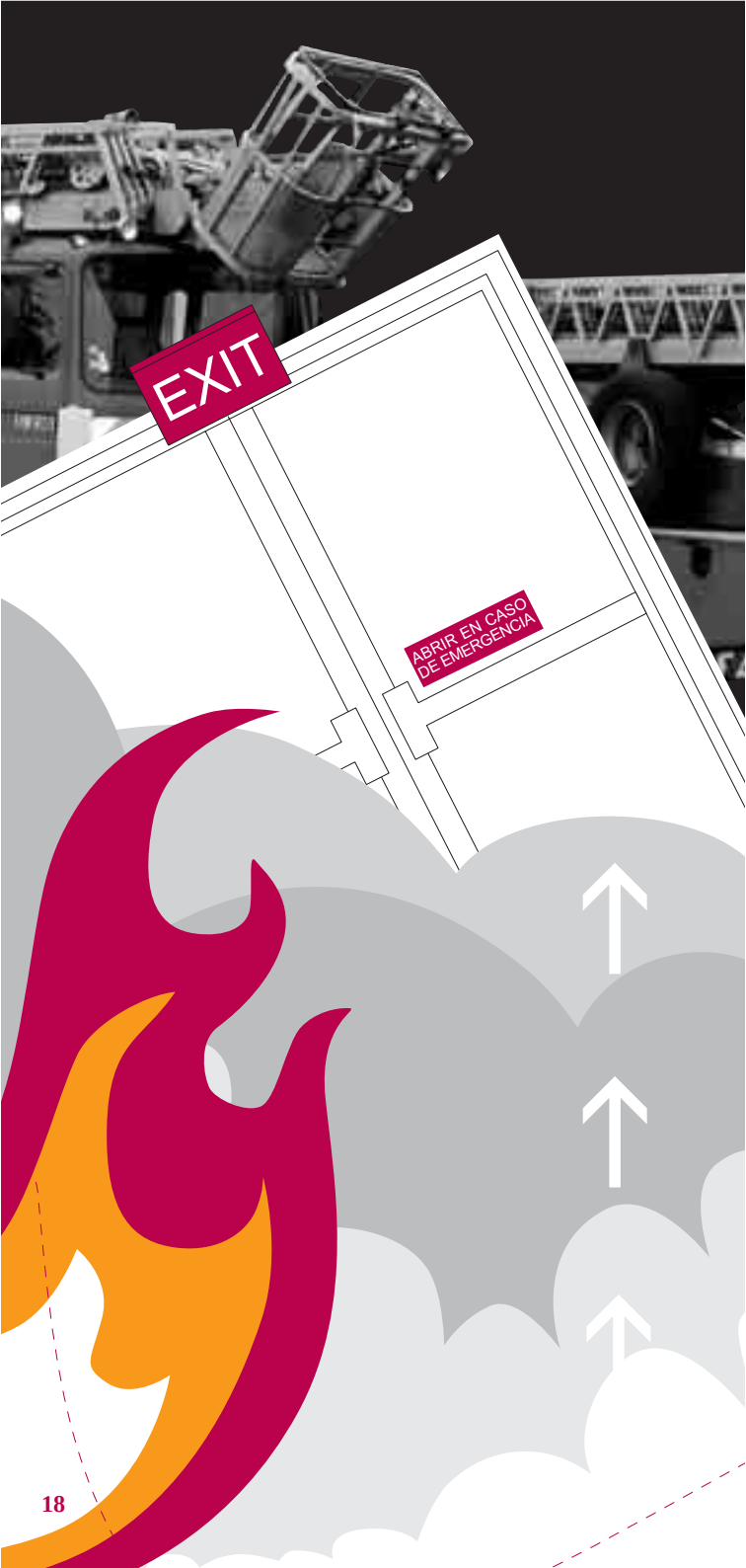
le impide ver nada y el fuego le impedirá alcanzarla. Si no puede acceder a la ventana, debe encontrar la puerta que conecta esta sala con la otra sala donde —¡ostras, ahora lo piensa!— hay una salida de emergencia. Empieza a caminar a gatas en dirección a la puerta. Trepando por el suelo, tropieza con la pata de una mesa, un taburete y el respaldo de una silla que las llamas han tumbado. La mancha roja de la blusa que parece sangre es sangre. Mientras avanza, recuerda alguna de las cosas que le quedan por hacer en la vida pensando que le dará fuerzas. Lo hace. De esa manera es como consigue salir de la sala del medio —así la llaman— y llegar hasta una parte del pasillo donde aún no han llegado las llamas, pero sí una nube espesa y negra de humo. Este es precisamente el humo que le desencadena la intoxicación y la deja tirada en medio del pasillo. No consigue llegar hasta la puerta de emergencia. Sin embargo, de nada le hubiera servido llegar, porque la habría encontrado bloqueada por las nueve cajas llenas de paquetes de 500 folios que alguien dejó, provisionalmente, hace semanas. El martes pasado, Jordi se quejó de eso mismo al señor García. Su jefe le había prometido que lo solucionaría. Él recuerda la promesa justo ahora, cuando sube a la oficina porque se ha dejado el móvil y empieza a oler el fuego y el humo que bajan por la escalera. Se imagina que se está quemando alguna de las oficinas. Sale a la calle y pide ayuda. Pide al primero que encuentra que llame a los bomberos, por favor. Un joven lo hace. Él vuelve a entrar en el edificio y sube de nuevo por las escaleras. Sabe que en caso de incendio no debe coger nunca el ascensor. Comprueba, rápidamente, que el humo sale de la puerta de su oficina. Abre la puerta y llama a Paula con desesperación. No está seguro



de que esté dentro, aunque es probable. Ella lo ignora, pero Jordi sabe que los humos y los gases son los responsables de la mayoría de las muertes por incendio, ya sea directamente, por inhalación, o debida al pánico y desorientación que originan. El humo asfixia, intoxica y quema las vías respiratorias y Jordi tiene miedo de que eso le haya pasado a su compañera de trabajo. Sabe que no es prudente entrar ni coger un extintor de la escalera, quitarle la anilla de seguridad y a metro y medio descargar su contenido encima de las llamas. Esperar a los bomberos es lo que se debe hacer.

Jaime Vendrell es bombero desde hace más de diez años. Sabe que un edificio puede convertirse en ceniza de un momento a otro y que el cielo puede pasar de azul a negro en un santiamén. Ajeno aún al incendio, que ha empezado hace un cuarto de hora en la calle Diputación y que deberá correr a apagar de aquí a tres minutos, clava la vista, otra vez, en el catálogo de un concesionario. Mientras piensa que quiere comprarse una flamante furgoneta, un joven está telefoneando al 080 y es Félix quien coge la llamada y quien avisa rápidamente a la central, donde está Jaume de guardia. Los minutos que pasan entre que Jordi vuelve a la oficina a buscar un olvido, y descubre el incendio y los bomberos no son nada. Todo pasa, por suerte, deprisa y corriendo, fugazmente.

A Jaume, el corazón ya no se le hunde hasta las botas cuando rescata, entre llamas, una mujer como Paula intoxicada por el humo –dirá el diagnóstico– y con tres quemaduras de tercer grado, una en la pierna, otra en la barriga y la última en el pie. Una mujer que, horas más tarde, permanece en la cama de una habitación de la novena planta del hospital de la Vall d'Hebron de Barcelona.



Paula abre los ojos y tarda unos instantes en saber que se halla en un hospital. Entonces lo recuerda todo: el humo, las llamas, el ahogo... A pesar de que se siente afortunada de haber sobrevivido, piensa, preocupada, en las declaraciones de la renta que las llamas se deben haber tragado. ¿Qué les dirá, a los clientes? Le comenta esta inquietud a la enfermera, y la enfermera le recuerda que el 70 % de las víctimas de los incendios mueren por intoxicación de humo, que es justamente lo que a ella le ha pasado. “Si no llega a ser por los bomberos, no lo cuentas, cariño”, le contesta. En ese momento, Paula sufre un choque emocional y los médicos le administran un ansiolítico.

Días más tarde, Paula contrae y distiende los músculos, como si hiciera ejercicio, y toma conciencia de las heridas que tiene en el cuerpo. No necesita pellizcarse para tener la certeza que lo que ha pasado ha pasado de verdad. Siente la calma que dejan los desastres cuando se han ido. Es la misma calma que siente Jaume, satisfecho por su actuación. Piensa en la chica que rescató hace unos días de la oficina. Es una más de los centenares de personas que, a lo largo de sus años como bombero, ha tenido que evacuar. Si se tuvieran claras las medidas de actuación en caso de incendio, se evitarían muchas de sus intervenciones. Es una pena que solo seamos conscientes de los peligros cuando ya es demasiado tarde. Su experiencia, como la del mundo, debería de servir para algo.



Secretaria de Medi Ambient i Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. **93 304 68 32**
otprl@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



Financiado por:



FUNDACIÓN
PARA LA
PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES